

INTRODUCCIÓN

El Veritas Amoris Project. Las razones de una propuesta al servicio de la sociedad y de la Iglesia

Livio Melina – José Granados

Este libro recoge las intervenciones del congreso organizado el 8-9 de mayo de 2021 por la diócesis de Alcalá de Henares en colaboración con el *Veritas Amoris Project*. Se trata de un proyecto sobre la “verdad de amor” que se lanzó precisamente en tal congreso. Sirvan las líneas que siguen para adelantar la respuesta a la pregunta que este libro quiere responder: ¿por qué este proyecto y por qué este nombre?

La idea y la necesidad de la iniciativa *Veritas Amoris* surgió en conversaciones y diálogos entre algunos de los profesores que durante muchos años habíamos trabajado juntos en el Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia,

en la sede central de Roma y en las distintas secciones internacionales.

El trabajo común había sido, en primer lugar, una experiencia rica y fundante, que nos permitió verificar la fecundidad de la propuesta de San Juan Pablo II para la vida de las familias, para la pastoral de la Iglesia y para el pensamiento teológico. Había sido, además, una experiencia novedosa y creativa, de fruto para la inteligencia y que incidía en la vida, capaz de formar personas en el trabajo pastoral y en la enseñanza e investigación. Había sido, finalmente, una experiencia de comunión y, diríamos también, de familia, en la que comprobamos cuán certero era el lema de San Alberto Magno: “buscar la verdad en la dulzura de la amistad”.

Estos años fecundos nos han hecho ahora preguntarnos: ¿cómo podemos seguir estando al servicio de la Iglesia y de la familia en la sociedad? Entendimos que debíamos seguir siendo fieles a la herencia recibida, desarrollándola con actitud constructiva. En esto nos ha sido de gran apoyo y consejo la compañía mutua, y también con nuestros estudiantes, con nuestras familias, y con muchos colegas de todo el mundo.

Quisiéramos indicar de forma muy sintética dos puntos fundamentales que conciernen a las razones inspiradoras del proyecto *Veritas amoris*: el primer punto se refiere a la situación de crisis en que nos encontramos; el segundo, a las sendas de fecundidad que nos parece necesario abrir en esta situación histórica.

1. Podemos empezar con una frase del Venerable Fulton Sheen, que ya en 1947 se preguntaba: “¿Por qué tan poca gente se da cuenta de la gravedad de nuestra crisis actual?”. Y res-

pondía: “Sólo los que viven según la fe saben realmente lo que está pasando en el mundo”¹. También el primer presidente del Instituto Juan Pablo II, el cardenal Carlo Caffarra, afirmó poco antes de morir: “Sólo un ciego puede negar que en la Iglesia de hoy hay una gran confusión”.

Dada la gravedad de la crisis, se explica que nos incomode mirarla de hito en hito. Acaba de publicarse en Italia un libro de un historiador de la Iglesia, Andrea Riccardi, que expone la tremenda situación del cristianismo hoy, sobre todo en Europa, pero también en todo el mundo occidental: “La Iglesia arde. Crisis y futuro del cristianismo”². El autor no es ningún “agoreo”, sino una personalidad fuera de toda sospecha de restauracionismo, nada menos que el fundador de la Comunidad “San Egidio”. Su diagnóstico es crudo y termina con una inquietante pregunta: ¿ha llegado el cristianismo en Occidente a su fase terminal? ¿Hemos pasado el punto de no retorno del proceso destructivo de la fe cristiana?

Juan Pablo II identificó, en su día, un camino para superar la crisis, que pasaba por unir la pregunta por la fe cristiana a la pregunta por el verdadero amor. Y es que la crisis de la fe es inseparable, según el santo Papa polaco, de la crisis del amor, relegado por la modernidad a un bello sentimiento, pero incapaz de que sobre él se construya la vida. La gente aprecia el amor, le gusta tenerlo como ingrediente de sus días, pero no se fía de él. Es decir, no se fía de que sea posible edificar sobre él algo que

¹ F.J. Sheen, “Signs of Our Times”, en *Íd.*, *Light Your Lamps* (Our Sunday Visitor, Huntington, IN 1958) 5-17.

² Cf. A. Riccardi, *La Chiesa brucia: crisi e futuro del cristianesimo* (Laterza, Bari – Roma 2021).

dure y que no se quede solo en experiencia privada, sino que edifique la vida común.

Y esta crisis del amor, decíamos, es inseparable de la crisis de la fe cristiana, porque la fe cristiana confiesa que Dios se ha revelado como la plenitud del amor, y lo ha hecho precisamente a través del amor humano. Esto conlleva que la verdad total de Dios se ha mostrado en un amor concreto, corporal, al enviar a su Hijo hecho hombre, que nació, trabajó, sufrió, resucitó en un verdadero cuerpo. De ahí que la experiencia de que el amor tiene una verdad, experiencia que se da singularmente en el matrimonio y la familia, nos disponga para acoger la presencia de Dios en medio de nuestro cuerpo y de nuestro tiempo. Y esta acogida es el centro de la fe.

De hecho, la pérdida de una verdad del amor corre hoy en paralelo con la dificultad para anunciar y vivir la fe. Por lo que toca a los temas del amor humano, del matrimonio y de la familia, se está produciendo lo que se ha llamado, con razón, una “deregulation” antropológica, es decir, el intento de reinventar, según la visión de cada uno, lo que significa la diferencia de los sexos, lo que implica ser hombre o mujer, el significado de la palabra “familia”...

La tesis de fondo es que el amor no tenga verdad, o tenga solo la verdad que cada uno quiere asignarle. Pero recordemos a Antonio Machado:

¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela³.

³ A. Machado, *Proverbios y cantares* (Madrid 2003) 85.

El poeta recuerda que no existe una verdad tuya o mía, sino nuestra, y que es preciso buscarla juntos. Y esto es así, precisamente, porque la verdad es inseparable de la comunión. Así como una verdad sin amor nos resulta fría y distante, así un amor sin verdad es también a la larga frío, pues no nos permite salir de nosotros mismos, sino que nos encierra en nuestro sentimiento.

En uno de sus últimos grandes discursos, ante la Curia Vaticana para felicitar la Navidad en 2012, también el Papa Benedicto XVI sostuvo que la cuestión de la familia está íntimamente relacionada con la cuestión misma de la identidad humana y por tanto con la cuestión de Dios. En efecto, si perdemos la experiencia de ser hijo e hija, hermano y hermana, marido y mujer, padre y madre, se destruirá a la vez la base natural del lenguaje para hablar de Dios, que se ha revelado como esposo de Israel, a quien invocamos como Padre nuestro, quien nos ha enviado como hijo suyo y hermano nuestro a Jesús, y nos ha regalado a la Iglesia madre.

La tentación para la Iglesia consiste hoy en adaptarse a la visión mundana de una verdad privada y de un amor como mero sentimiento. Pues entonces se deforma la misma fe cristiana, que queda atrapada en el emotivismo y es incapaz de sostener la vida común de los hombres. Podemos citar una frase del entonces Cardenal Ratzinger quien, refiriéndose a la cruz, propone también nuestro tema de fondo: el vínculo entre la verdad y el amor:

Un Jesús que está de acuerdo con todo y con todos, un Jesús sin santa ira, sin la dureza de la verdad y del verdadero amor, no es el verdadero Jesús tal como lo muestra la Escritura, sino una miserable caricatura suya [...] Un verdadero perdón es algo muy

distinto a un débil dejar hacer [...] Un Jesús que lo aprueba todo es un Jesús sin cruz, porque de este modo no hay necesidad del dolor de la cruz para salvar al hombre. Y de hecho la cruz está siendo cada vez más expulsada de la teología. La cruz como expiación, la cruz como forma de perdón y salvación no se ajusta a un determinado patrón de pensamiento moderno. Sólo cuando se aprecia bien *la conexión entre la verdad y el amor*, la cruz se hace comprensible en su verdadera profundidad teológica. El perdón tiene que ver con la verdad y, por tanto, exige la cruz del Hijo y demanda nuestra conversión. El perdón es precisamente restauración de la verdad, renovación del ser y superación de la mentira que se esconde en todo pecado [subrayado nuestro]⁴.

2. ¿Qué quiere el Señor de nosotros en este momento de crisis y de prueba? La primera actitud es ciertamente la fe en la Providencia, que no sólo no nos abandona, sino que se sirve de las pruebas para purificarnos, para hacernos crecer y para hacer crecer el Reino de Dios. “Los racimos que dan fruto los poda para que den más fruto” (Jn 15,2). En la Iglesia naciente, la persecución de la Iglesia de Jerusalén y la dispersión de los discípulos fueron la ocasión para una difusión misionera de la palabra de Dios (cf. Hch 8,1-4).

Además, lo que nos mueve y determina no es la difícil situación de crisis, por grave que sea. Es decir, no actuamos por reacción a los problemas que nos aquejan, sino por la grandeza de los dones que se nos han confiado. Lo que nos mueve es la belleza del plan de Dios sobre el matrimonio y la familia y el esplendor de la fe cristiana en el amor. Pues cuando Juan Pablo II

⁴ Cf. J. Ratzinger, *Guardare Cristo. Esercizi di fede, speranza e carità* (Jaca Book, Milano 1989) 76.

dijo “No tengáis miedo”, se refería sobre todo al miedo a acoger la llamada de Dios al amor. Es decir: no tengáis miedo a vivir a la altura del amor que Dios mismo os ha mostrado y de la grandeza que este amor promete.

Los fines que buscamos con el *Veritas Amoris Project* están inspirados por la fe y por la experiencia vivida. En primer lugar, está la importancia de salvar una comunión viva donde se fomenta la búsqueda de la verdad. Se trata de custodiar la gracia de la amistad, no sólo como un consuelo, sino como un método de trabajo. De este modo se podrá trabajar en la promoción y el apoyo de aquellas “minorías creativas” que llevan en sí mismas la esperanza y la semilla del futuro, pero que en este momento se encuentran poco apoyadas y se sienten solas y más bien abandonadas. Por lo tanto, es necesario crear redes y ofrecer oportunidades e instrumentos de formación, de juicio, de presencia.

En segundo lugar, en cuanto al contenido, nuestro proyecto se centra en la “verdad del amor” como clave para ofrecer luz y fuerza a la sociedad actual y a la Iglesia. Pues el amor salva al hombre cuando le ayuda a salir de sí mismo y a trabar alianzas con los hermanos, en camino hacia una plenitud trascendente. O, en otras palabras: el amor salva al hombre si el amor es inseparable de la verdad. De este modo nuestro proyecto se pone al servicio de la edificación del bien común, que se basa sobre la verdad compartida. Además, la confesión de una verdad del amor es decisiva para aceptar la fe cristiana. Pues solo desde una verdad del amor es posible confesar que la Palabra, que es la verdad de Dios, se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros, para revelar la plenitud del amor.

La teología del cuerpo de San Juan Pablo II y la teología del amor, propuesta por el Papa Benedicto XVI, pueden mostrar su fecundidad en el camino que el Papa Francisco indica a la Iglesia de hoy: el de la solicitud y el realismo pastoral, que sabe inclinarse sobre las situaciones concretas para curar las heridas y rehabilitar al enfermo, con vistas a que pueda reemprender la ruta. Se trata de un reto enorme, que demuestra la insuficiencia, tanto de repetir las normas, como de contentarse con adaptarlas a la fragilidad humana. Se pone así en primer plano la urgencia de regenerar al sujeto moral cristiano y, por tanto, la primacía de la formación moral.

Para desarrollar este proyecto desde el consejo científico del *Veritas Amoris Project* hemos propuesto doce tesis, que recogen los aspectos prominentes de la verdad del amor. Las transcribimos acto seguido. Varios miembros del Proyecto estamos ya escribiendo un comentario extenso de cada tesis, y esperamos reunirlos todos en un libro de próxima aparición.

Tesis 1: Para hablar de la verdad del amor, es necesario establecer la primacía de Dios como Creador.

“Si conocieras el don de Dios...” (Jn 4,10). Frente a la sed de la mujer samaritana, figura del deseo del hombre, Jesús recuerda la primacía del don de Dios. Tanto la verdad como el amor nos refieren a un origen que nos precede, cuya fuente última se encuentra en Dios Creador. Hablar de Dios como Creador significa confesarlo como alguien que, en la libertad de su amor, abre y sostiene el espacio del mundo, ordenándolo para que los seres humanos puedan habitarlo y puedan cultivar una plenitud que va más allá de la medida humana. Aceptar al Creador significa, por lo tanto, aceptar el hecho de que la verdad y el

amor son la clave, en su unidad, para comprenderse a sí mismo, al mundo y a la historia. Precisamente esta apertura del amor a la trascendencia abre también a la razón un camino que, experimentando la verdad del amor, conduce al descubrimiento de Dios Creador.

Tesis 2: Cristo Redentor revela la plenitud del verdadero amor, suscitando en nosotros una nueva pregunta que sólo Él puede responder.

“Si conocieras... quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le pedirías a él, y él te daría agua viva” (Jn 4,10). El Redentor del hombre nos ha revelado el amor del Padre, rico en misericordia, que nos engendra como hijos suyos. Cristo también provoca en nosotros una pregunta que nos permite abrirnos a este amor y recibirlo. El Espíritu Santo, agua viva dada por Jesús, convierte nuestros corazones para que Cristo sea nuestra vida. De esta manera, Cristo se convierte en nosotros en la fuente de una fraternidad que trae un nuevo significado a la historia.

Tesis 3: La perspectiva de la verdad del amor es la clave para entender quién es el hombre como imagen de Dios en Cristo.

“Me ha contado todo lo que he hecho”, afirma la mujer samaritana, después de conocer a Cristo (Jn 4,39). El hombre es ese ser llamado a aceptar el amor original ofrecido por su Creador, un amor que a su vez pide el don del hombre a Dios, y que se manifiesta en sus relaciones con los demás hombres. Sólo a partir de esta visión relacional de la persona podemos entender la libertad (centro de la visión moderna del hombre) no como una libertad autónoma vacía, sino como una libertad despertada por un don y llamada a realizarse en un don de sí mismo.

Tesis 4: Los hombres descubren y expresan la verdad del amor a partir del lenguaje de su cuerpo.

El cuerpo nos dice, de hecho, que procedemos de otros, dando testimonio de un don original (es el cuerpo “filial” como testimonio del hecho de que somos hijos e hijas, hermanos y hermanas). Además, en el cuerpo están los signos anticipatorios del don de sí mismo que se realiza plenamente en la comunión conyugal (es el cuerpo “esponsal”). En el cuerpo hay, finalmente, un dinamismo de generación que nos obliga a ir más allá de nosotros mismos (es el cuerpo “paterno” o “materno”). A través de su Encarnación, Cristo vivió el lenguaje del cuerpo en su totalidad, revelando su fundamento originario y anticipando su plenitud. Con la comunicación de su Espíritu, Cristo permite que esta plenitud madure en nosotros.

Tesis 5: La diferencia sexual, que hace posible la unión entre el hombre y la mujer y la transmisión de la vida, es ese lugar paradigmático de la creación donde el amor realiza su verdad.

La verdad del amor da origen a la familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre el hombre y la mujer y abierta a recibir y a educar a los hijos. La matriz familiar permite al ser humano comprender en su propia carne que su identidad es relacional: ha recibido la vida como hijo o hija, para darse a sí mismo como esposo o esposa y transmitir esta vida a otros como padre o madre. Respetando esta gramática de las relaciones familiares, es posible declinar de modo adecuado la diferencia entre generaciones. La negación de la diferencia sexual y su apertura a la transmisión de la vida cierra al hombre en el individualismo y hace imposible la construcción de la sociedad.

Tesis 6: La posibilidad de una verdad del amor parece quedar desmentida por el mal presente en el mundo. Ahora bien, la misma verdad del amor nos habla de cómo el amor es capaz de redimir a los hombres del pecado y de la muerte.

Para hablar de la verdad del amor es necesario, de hecho, reconocer la fragilidad de la condición humana, y especialmente la presencia del pecado. El pecado, como rechazo del amor originario del Creador, conduce a separar el amor de la verdad. La verdad se ve entonces como algo que se impone desde fuera, mientras que el amor, desprovisto de verdad, aparece como una experiencia íntima del individuo aislado. Por el contrario, la verdad del amor en Cristo vence al pecado, en la medida en que esta verdad manifiesta y comunica la misericordia de Dios. Esta no es mera tolerancia frente al mal, sino una regeneración del sujeto moral para que viva un amor verdadero y pleno.

Tesis 7: Los sacramentos son el lugar que Cristo nos dejó para poder vivir la verdad del amor.

En los sacramentos entramos en el ambiente de relaciones inaugurado por Cristo, participando así del lenguaje del cuerpo de Cristo, para vivir como Él vivió y como nos enseñó a vivir. Los sacramentos contienen la unidad entre una palabra *verdadera* que nos abre un camino y un *amor* que toca nuestra carne y la transforma. De este modo, los sacramentos son los eventos en los que Cristo actúa con su Espíritu de amor, acompañando toda la historia humana hacia su plenitud. Se superan así las diversas visiones reducidas de los sacramentos, que los entienden, ya como ritos externos desvinculados de la experiencia y el camino de los hombres, ya como consuelo emotivo, ya como meros signos de pertenencia a una comunidad.

Tesis 8: Ver el obrar humano a partir de la verdad del amor significa entenderlo como respuesta a una llamada originaria que nos invita a alcanzar la plenitud de la vida humana.

En este horizonte, las normas morales son exigencias de la verdad sobre el bien, y las virtudes se convierten en la clave de la moral, como disposiciones que, partiendo de un don de Dios, permiten una acción excelente. De este modo se supera un enfoque erróneo de la moral cristiana, a saber: explicarla desde la polaridad entre lo subjetivo y lo objetivo. Pues esta polaridad conduce a una dialéctica entre la conciencia y la ley, dialéctica incapaz de captar el dinamismo de la acción humana hacia una madurez plena.

Tesis 9: Para hablar de la verdad del amor en el clima emotivista actual se requiere una reflexión sobre los afectos.

Aceptar la verdad del amor implica aceptar una verdad de los afectos, pues estos no son sentimientos autorreferenciales. Un afecto es, por el contrario, la primera reacción a un amor que nos precede, el cual en sí mismo ya anticipa la unión con el amado y nos permite avanzar hacia esta meta. En su versión racionalista el paradigma que opone la ley a la conciencia ignora los afectos o los considera como obstáculos a la libertad. El mismo paradigma tiene también una versión emotivista, que absolutiza los afectos, eliminando la referencia de ellos a la verdad. Por el contrario, desde el punto de vista de la verdad del amor, es posible reconocer que en el afecto existe una verdad inicial, aunque no todavía completa y suficiente. Se hace así clara la importancia de la educación, proceso en el cual los vínculos personales permiten que los afectos maduren en virtudes.

Tesis 10: La perspectiva de la verdad del amor permite descubrir la altura de la vocación humana en Cristo (cf. Vaticano II, Optatum Totius, n. 16).

Esta vocación depende no sólo de las fuerzas del individuo aislado, sino de la llamada originaria del amor, llamada que nos acompaña para que podamos alcanzar la comunión con Dios y con el prójimo. A veces se acusa al cristianismo de indicar a los hombres un ideal demasiado elevado e imposible de alcanzar. Esta acusación conlleva sofocar el deseo humano, perder la esperanza ante nuestra vocación y rechazar el poder transformador de la gracia, el cual tiene como meta la divinización. Implica, además, un *neopelagianismo de la fragilidad* que cuenta exclusivamente con la fuerza limitada del individuo y que justifica en última instancia sus fracasos. Sin embargo, las posibilidades reales del hombre para realizar el bien no se encuentran sólo en su propia fuerza. Pues, al estar constituido el hombre en relación con Dios y con los demás, las relaciones permiten que nuestras acciones vayan más allá del pequeño horizonte del sujeto aislado. Para la fe cristiana, nuestras posibilidades reales son las posibilidades abiertas por Cristo, el Redentor del hombre (cf. Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, n.103).

Tesis 11: La consideración de la verdad del amor ayuda a proponer una pastoral evangelizadora que apunta a la formación del sujeto cristiano.

Inspirándonos en el diálogo de Jesús con la samaritana, podemos hablar de una pastoral de la fuente, y no del pozo. Pues la primera se apoya en el don original de la vocación, que Dios confía al hombre (fuente) y busca cómo este don puede florecer. Mientras que la segunda se basa sobre las fuerzas aisladas del hombre, que pronto se agotan (pozo). De esta manera se supe-

ra la pobreza de una pastoral que suscita emoción, buscando consolar, pero que no forma a las personas para actuar, o que se fragmenta en el intento de resolver problemas, descuidando fomentar la grandeza de la vocación cristiana.

Tesis 12: La perspectiva de la verdad del amor tiene un gran potencial social. De hecho, permite comprender cómo el bien trae consigo un dinamismo de comunión que va más allá de la persona individual, por lo que es posible hablar del bien común.

El bien que nos atrae es siempre a la vez un bien común, ya que lo compartimos con nuestros prójimos para construir la sociedad (cf. Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n. 7). De este modo el bien de la persona, como bien de la comunión, sólo es posible si promueve también el bien de las otras personas con las que vivimos en relación. La perspectiva del bien común permite, pues, establecer un orden de los bienes. Este orden se articula según el modo en que cada bien particular es bueno, precisamente en cuanto construye también el bien de la comunión.

Con estas doce tesis se abre una tarea, que este libro empieza ya a abordar. En él se recogen, decíamos, las ponencias del congreso organizado por la diócesis de Alcalá de Henares y por el *Veritas Amoris Project*. Lo abren dos conferencias de Livio Melina, que buscan arrojar luz sobre la situación y el camino de la Iglesia hoy en su ministerio hacia la familia. Tienen en cuenta sobre todo la profecía de San Juan Pablo II, Papa de la familia, examinando qué rutas nos abre.

A estas dos conferencias siguen dos testimonios. Se trata de dos familias (la de Juan Pardo de Santayana Galbis y Cristina del Río Villegas y la de Ramón Acosta Peso y Rosa Bejarano García) que ponen de relieve el fruto que esta propuesta ha dado en Es-

paña, así como el deseo de seguir correspondiendo a su riqueza. Estos testimonios familiares muestran que no se habla solo de bellas ideas o altos ideales, sino de una luz concreta que genera un camino de esperanza en medio de la vida cotidiana de las familias, de la lucha por mantener y acrecentar el amor conyugal, por irradiarlo a los hijos, por edificar desde él la sociedad y la Iglesia.

Se encuentran a continuación otras contribuciones que tocan aspectos esenciales hoy para el camino de la Iglesia con las familias. En primer lugar, José Granados explora la esperanza que nace del mismo pacto conyugal en el sacramento del matrimonio. Juan José Pérez Soba examina después cómo puede desarrollarse la pastoral familiar de la Iglesia en las condiciones culturales desfavorables que hoy atravesamos, y que han movido al Papa Francisco a llamar a la Iglesia “hospital de campaña”. Después, Carmen Álvarez estudia una amenaza cultural concreta, contenida en las ideologías de género, y pone de relieve la importancia de la diferencia hombre-mujer. Por último, Eduardo Ortiz aborda la cuestión educativa, que suscita la pregunta por la relación entre las distintas generaciones.

Es una alegría poder dedicar este libro a D. Juan Antonio Reig Pla, obispo de Alcalá de Henares, que celebra sus veinticinco años de ministerio episcopal y cincuenta de sacerdote. Su pastoreo puede resumirse desde el servicio inteligente, entregado y audaz, para fomentar la vida de las familias. Testimonios como el suyo nos llenan de esperanza, pues atestiguan ese otro fuego con el que también arde la Iglesia, cuando se apasiona por llevar a las familias el amor de Cristo.